

so con benevolencia mayor á la más débil, como venían haciendo con raros intervalos desde la gran reina Católica los monarcas españoles con la raza india; allí la conquista era el origen de la propiedad, que tenía ya en su favor la prescripción secular cuando menos, y realizar la independencia á la sombra del Rey de España ó de alguno de sus hermanos, era mantener la piedra angular de aquel edificio que todo podía venirse á tierra muy fácilmente de otra manera. México, en fin, como todas nuestras colonias, había corrido la misma suerte de la madre patria azotada durante tres siglos por la mano de hierro de la Casa de Austria y de la Casa de Borbón.

Así, pues, si como dice tan bellamente el sabio Humboldt, se volvería loco sin remedio el hombre que de repente pasase de la Siberia al Senegal, no es menos cierto también que en el mundo moral ocurre otro tanto. Son de notar en este concepto las palabras de Iturbide sobre el mismo asunto; palabras que han sido una fúnebre profecía, porque los hechos las han venido á confirmar pronta y terriblemente. "La naturaleza—dice en su Manifiesto el iniciador de la independencia mexicana—nada produce por saltos, sino por grados intermedios. El mundo moral sigue las reglas del mundo físico; querer pasar repentinamente de un estado de abatimiento, cual

es el de la servidumbre; de un estado de ignorancia, como el que producen trescientos años sin libros, sin maestros y siendo el saber un motivo de persecución; querer de repente y como por encanto adquirir ilustración, tener virtudes, olvidar preocupaciones, penetrarse de que no es acreedor á reclamar sus derechos el hombre que no cumple sus deberes, es un imposible que sólo cabe en la cabeza de un visionario. ¡Cuántas razones se podrían exponer contra la soñada república de los mexicanos, y que poco alcanzan los que comparan lo que se llamó Nueva España con los Estados Unidos de América! Las desgracias y el tiempo dirán á mis paisanos lo que les falta. ¡Ojalá me equivoque!"

## XVIII

### La cultura de México

Hay exageraciones y hay injusticia en estas palabras de Iturbide. En México se siguió el mismo sistema, exactamente el mismo sistema que en España. La educación católica que con exclusión de toda otra se daba en las universidades, en los colegios y en los seminarios de nuestro país por los siglos XV, XVI, XVII y XVIII, esa fué la que se dió también en México. Trasplantados fueron á

América todos los elementos de educación social, política y religiosa que España poseía para sí propia. En 1521 se conquistó á México, y ya en 1525 se fundó el colegio de infantes; en 1529 el de San Juan de Letrán, y en 1533 el de San Pablo, exclusivamente destinado á la educación de los indios. Con el primer virrey, D. Antonio de Mendoza, llegó á México la primera imprenta que pasó el Atlántico cuando muchas capitales carecían de ella en Europa. En 1584 fundó el colegio de Santa Cruz de Tlaltecúlco en que se educaba brillantemente á los hijos de los caciques, y las misiones que se multiplicaron y los conventos que se establecieron, focos eran de luz y de civilización por aquella época en las ciudades, en los campos y hasta en los desiertos. La Universidad de México, fundada en 1551, se regía por los mismos estatutos y gozaba iguales privilegios que la de Salamanca, la mejor de España, y de ella salieron los más sabios profesores para inaugurar las cátedras de esa su hermana del Nuevo Mundo. Innumerable sería la lista de los colegios destinados á la propagación de la enseñanza fundados por los españoles en México, de esos españoles á quienes se pinta con el bárbaro designio de perpetuar la ignorancia entre los indígenas. Innumerable también la lista de los mexicanos distinguidos ó ilustres que salieron de dichos colegios, de las universidades de México, de

Puebla de los Angeles, de Chiapas, de Guadalajara y de los seminarios de los mismos Puebla de los Angeles y Chiapas, de Oaxaca, de Michoacán, de Guadalajara, de Durango, de Linares, de la Sonora, de los institutos que en diversos pueblos se establecieron y de las infinitas escuelas que se crearon para ambos sexos.

Es más. Poseía México, por los cuidados de la madre patria, un colegio de minería que ésta podía envidiarle. Concibió la idea el sabio mexicano Velázquez de León, y aprobada por el Gobierno de la metrópoli, envió á establecerle; muerto aquél, á D. José Fausto Elhuyar, natural de Logroño, que fué pensionado con su hermano D. Juan por el Rey de España para estudiar las ciencias exactas en los colegios de Alemania á fin de establecer en Madrid un colegio de minería, cosa que se aplazó entre nosotros dos veces por dar la preferencia á América, y sobre todo á México, á donde fué destinado también D. Andrés del Río, otro ilustre pensionado español que se había educado en las escuelas extranjeras, con doce peritos alemanes que montaron admirablemente aquel establecimiento, tanto, que el sabio baron de Humboldt dice de él en su *Ensayo Histórico de la Nueva España*, que no sabía que admirar y elogiar más, si la bella y suntuosa arquitectura del edificio, ó la sabiduría y modestia de sus profesores.

Y hay más aún. Las bellas artes que no florecen grandemente en América, en México rayaban á tal altura que nada tenían que envidiar á Europa. Con 12,000 pesos al año auxiliaba el Gobierno español á aquella Academia. No en vano decía á propósito de esto el ilustre sabio alemán: "Se admira uno al ver que el Apolo de Belbeder, el grupo de Laoconte y otras estatuas más colosales han pasado por caminos de montañas, que por lo menos son tan estrechos como los de San Gotardo, y se sorprende al encontrar estas grandes obras de la antigüedad reunidas bajo la zona tórrida y en un llano ó cuesta que está á mayor altura que el convento del gran San Bernardo. La colección de yesos puesta en México, ha costado al Rey cerca de... 40,000 pesos." La enseñanza era gratuita y se daba á todos los mexicanos y españoles sin distinción de clases. "Todas las noches—añade Humboldt—se reúnen en grandes salas muy bien iluminadas con lámparas de Argand, centenares de jóvenes, de los cuales unos dibujan al yeso ó al natural, mientras otros copian diseños de muebles, candelabros ú otros adornos de bronce. En esta reunión (era bien notable en un país en que tan inveteradas son las preocupaciones de la nobleza contra las castas), se hallan confundidas las clases, los colores y las razas; allí se ve el indio ó mestizo al lado del blanco, el hijo del pobre ar-

tesano entrando en concurrencia con los de los principales señores del país. Consuela ciertamente el observar que bajo todas las zonas el cultivo de las ciencias y artes establece una cierta igualdad entre los hombres, y les hace olvidar, á lo menos por algún tiempo, esas miserables pasiones que tantas trabas ponen á la felicidad social."

Y no pecaba de exclusiva la dominación española ni en México ni en ninguna de sus provincias ultramarinas. Había muchos más empleados indígenas que peninsulares, sobre todo en Nueva España; en prueba de lo cual véase el siguiente estado de americanos empleados en México en 1811, así como de los europeos, sin contar el ejército regular y las milicias del país, formadas de indígenas exclusivamente, lo mismo en la clase de soldados que en la de oficiales y jefes:

## CUADRO COMPARATIVO

DE AMERICANOS Y EUROPEOS EMPLEADOS  
EN MÉXICO EN 1811 (1)

	Europeos	Americanos
Secretario del virreynato.....		1
Oficiales de dicha secretaría....	4	10
Escribano de guerra y alguacil mayor.....		2
Escribanos de Cámara, relatores etcétera.....	7	88
Juzgado general de bienes de di- funtos.....	1	5
Id de indios.....	2	9
Juzgado ordinario de México....	1	3
Cabildo eclesiástico.....	10	19
Tribunal eclesiástico.....	3	17
Regidores perpétuos.....	2	12
Honorarios id.....	2	2
Empleados del ayuntamiento....	2	24
Id. en el ramo de alcabalas.....	8	16
Subalternos de esta renta.....	7	24
En el Tribunal de Cuentas.....	10	54
En la tesorería del ejército.....	6	14
En la contaduría de azogues....	2	5
En la dirección de pólvora y naipes.....	3	11
En loterías.....	6	22
Total.....	76	338

(1) Torrente, *Historia de la revolución hispano-americana*.

Cerca de medio siglo hace que se proclamó la independencia de México, y que allí domina con los fugaces imperios de Iturbide y Maximiliano, la república, ora federal, ora unitaria. ¿Qué cultura social alcanza aquel país? El mundo sabe que existe México, como sabe que existen esas turbas de canibales en África por las frecuentes hecatombes humanas que entre ellos celebran. ¿Qué mayor riqueza alcanza? Arruinada está su agricultura, perdido su comercio, sus ricas minas se encuentran abandonadas, como Texas y la California en poder de los Estados Unidos. ¿Qué es de aquellas universidades, qué de aquellos suntuosos conventos, qué de aquellos soberbios edificios, qué de los innumerables colegios que España edificó en prueba de su barbarie? Ruinas y escombros todo, cuarteles y casas de prostitución, y allí donde resonaba la voz serena y augusta de la ciencia, las aves nocturnas dejan oír ahora su lúgubre graznido, ó el vicio y el crimen celebran sus báquicas orgías. ¿En dónde, en dónde están los mexicanos contemporáneos ilustres? ¿Qué muestras ha dado de sí esa nueva generación amamantada á los robustos pechos de la república? Que se nos cite una nueva ilustración: Juárez, ese gran hombre, ese gran carácter, el último de los mexicanos, bien que sea lo que sus admiradores pintan, educado fué por un fraile español, recogido fué en un

seminario español, y teólogo arrepentido y abogado formado en establecimientos de enseñanza españoles.

Nuestro amor á la humanidad, ó más bien el sentimiento inmortal de justicia, se sobrepone en nosotros al exclusivismo patrio que abomina ó ama todo lo que abomina ó ama el pueblo en que nacimos. Reconocemos de buen grado que no siempre fué justa, sabia y previsora nuestra administración colonial; pero no hemos permitido el anterior desahogo, porque son muchas las exageraciones, injusticias é iniquidades que se cometen en mengua de nuestro nombre. Iturbide, que tantas protestas de amor hacía en favor de los españoles cuando proclamaba la independencia, fué injusto también con nosotros. Mas lo han sido otros mexicanos, y ha habido alguno, hijo de español, que ha dicho públicamente: "si yo supiese por donde corría la sangre española, me la extraería á puñaladas (1)."

(1) D. Pedro Garmendia, vecino de Puebla, hijo de un honrado vizcaíno, lo decía así delante de sus dos hermanas y sobrinas, quienes lo llenaban de improperios porque pensaban de distinto modo, como ocurre de ordinario, al bello sexo aún hoy, lo cual exalta más y más á los criollos en contra nuestra. Es antiguo en la América española el refrán usado por las mujeres desde la niñez: *Marido, vino y bréaña* (1) de España.

(1) Bréaña es un lienzo del departamento francés de este nombre, que llevaban á América los españoles.

Los hijos no tienen nunca derecho para escupir al rostro de sus padres. En todo caso nosotros haríamos lo que el piadoso hijo de Noé, extenderíamos nuestra capa y cubriríamos la desnudez de nuestro padre.

## XIX

### España y la independencia

Pero prescindamos de estas pequeñas injusticias, y prescindamos de la perfidia é ingratitude de los mexicanos, aprovechando segunda vez la libertad que pródiga y algo temerariamente les daban nuestras Cortes para sublevarse contra la madre patria, especie de vileza muy parecida á la de aquellos que se doblegan con suma docilidad ante un tirano, y deshonoran con sus abusos la libertad, que se les conquista sin duda por lo que dice el más profundo de los historiadores: *nil in vulgo modicum: terrere ni paveant* (1). Nosotros creemos que Iturbide en sus primeros tiempos, en el período de incubación de su pensamiento de independencia, quería lo mejor para México y lo menos malo para España; la realización del proyecto atribuido con ó sin razón al Conde de Aranda, el levanta-

(1) El vulgo no consiente medios: ó ha de causar ó ha de tener miedo. Tácito: *Anales*.

miento de un trono en México para un príncipe de la casa reinante en España, con lo cual allí podía levantarse un imperio tan floreciente como el del Brasil, una monarquía poderosa que representase en América los intereses europeos y contuviese el desenvolvimiento colosal de los Estados Unidos, la lenta é irresistible absorción de la raza latina por la raza anglosajona, cosa que entonces era la ocasión más oportuna de realizar, y España, si perdía á México, lo perdía salvando su raza en el Nuevo Mundo, el honor de su bandera, y hasta obteniendo ventajas para el porvenir é indemnizaciones para lo presente, que no con gran dificultad se habrían podido alcanzar.

«El plan de Iguala, decía Iturbide defendiendo su obra, garantiza la religión que heredamos de nuestros mayores: á la casa reinante de España proponía el único medio que le restaba para conservar aquellas dilatadas y ricas provincias: á los mexicanos concedía la facultad de darse leyes y tener en su territorio el gobierno: á los españoles ofrecía un asilo, que no habrían despreciado si hubieran tenido previsión: aseguraba los derechos de igualdad, de propiedad, de libertad, cuyo conocimiento ya está al alcance de todos, y una vez adquiridos, no hay quien no haga cuanto está en su poder para conservarlos ó para reintegrarse en ellos. El plan de

Iguala destruía la odiosa diferencia de castas; presentaba á todo extranjero la más segura y cómoda hospitalidad: dejaba expedito el camino al mérito para llegar á obtener recompensa; conciliaba las opiniones razonables y oponía un valladar impenetrable á las maquinaciones de los malvados.»

Estas ideas no podían dar fruto entonces ni en México ni en España. No en México, porque allí los criollos, aun haciendo la eterna desdicha de su país, lo que querían era expulsar á toda costa á los españoles. No en España, porque aparte de que no hay nación que se resigne pacientemente á perder una de sus más ricas colonias sin luchar, había demasiada irritación, demasiado encono, y por decirlo así, estaba demasiado sobreexcitado el patriotismo para que reconociese la independencia de México desde luego, aun con las ventajas que se la ofrecían y hubiera podido obtener. Lo mismo en Méjico que en España, cuando se llegó á conocer la bondad de ese pensamiento, era ya tarde. No sin razón dice el distinguido historiador de la revolución de México, que el tiempo y las desgracias han hecho conocer, como Iturbide preveía, el mérito é importancia del plan de Iguala, el cual ha tenido más adictos cuando ha venido á ser impracticable, que en la época en que se promulgó.

## Iturbide y Fernando VII

No era Iturbide amigo de perder el tiempo. Así que, declarado en rebelión, se dirigió al mismo Virrey, al Regente de la Audiencia D. Miguel Bataller, al general Cruz, al brigadier Negrete, á Fonte, Arzobispo de México, á Cabañas, Obispo de Guadalajara, á todos los europeos y americanos de alguna importancia, invitándoles á que aprobaran su plan y á que tomaran parte en el movimiento que había iniciado y consideraba ya irresistible. Revelan estas cartas en su autor verdadero talento, porque el lenguaje de ellas se acomodaba con singular delicadeza á la posición, sentimientos ó aficiones de cada una de las personas á quienes se dirigía.

Iturbide previno á los comisionados portadores de estas cartas, que la del Virrey fuese la última que entregasen, á fin de que éste no pudiera sospechar que se enviaban al mismo tiempo otras y dispusiese el secuestro. Cuando recibió la suya el Arzobispo Fonte, en que se le incluía copia de la dirigida al Virrey, fué á verse con Apodaca al momento, de modo que cuando el P. Piedras (siempre los frailes interviniendo en esta sublevación),

comisionado por Iturbide, se presentó en Palacio para evacuar su encargo, el Virrey no quiso recibir el pliego y dirigió á Iturbide el mismo día la comunicación siguiente: «El P. Piedras se me ha presentado hoy á la una con pliego de V. S., cuyo sobrescrito tiene la advertencia de particular. Por aquélla, y por haberme impuesto el referido P. de su contenido, no puedo abrirlo ni lo abro, manifestando á V. S. en sólo este hecho, cuanto cabe sobre su inconstitucional proyecto de independencia. Espero, pues, que V. S. lo separe inmediatamente de sí, y la prueba de esto será seguir en su fidelidad al rey y en observar la Constitución que hemos jurado, y continuar la conducción del convoy á Acapulco, para seguir las operaciones militares que le tengo ordenadas, dirigidas á la total pacificación de este reino.»

Aunque el Virrey envió cerca del padre y esposa de Iturbide á una persona de confianza para asegurarles que nada tenían que temer ellos, cosa que agradeció en extremo el rebelde de Iguala, éste se inquietó grandemente por la contestación digna del Virrey y la noticia de estarse reuniendo fuerzas en las inmediaciones de México. Dirigióse entonces Iturbide al rey y á las Cortes españolas, dándoles cuenta de todo lo ocurrido y remitiendo copia del plan de independencia y de las comunicaciones dirigidas á Apodaca.

Decía á Fernando VII que los sublevados no procedían por desamor ó infidelidad á su persona y familia, sino por sentimiento de verlo tan lejos, por lo que le suplicaba que admitiese su plan, que atendía á la par á la fidelidad debida al rey y á la ventura del pueblo mexicano.

Hacia á las Cortes la historia de los sucesos de 1810 y la descripción del estado presente de México, y concluía con estas palabras: «Finalmente, señor, la separación de la América Septentrional es innevitable; los pueblos que han querido ser libres, lo han sido sin remedio; llena está la historia de estos ejemplos, y nuestra generación los ha visto recientemente materiales. Hágase, pues, señor, si debe ser, sin el precio de la sangre de una misma familia; salga el glorioso decreto del centro de la sabiduría, y sean los padres de la patria los que sancionen la pacífica separación de la América. Venga, pues, un soberano de la casa del gran Fernando á ocupar aquí el trono de felicidad que le preparan los sensibles americanos y establézcanse entre los dos augustos monarcas, en unión de los soberanos Congresos, las relaciones más estrechas de amistad, pasmando al mundo entero con su dulce separación.»

Ni las Cortes ni el rey tenían para qué entenderse con Iturbide y nada le contestaron, pero no por eso tomaron medidas para sal-

var aquella sagrada herencia, aquella herencia de tres siglos que se les iba de entre las manos. Entregado el reino á la más completa anarquía, convertido todo café en un club revolucionario, infestado el país de sociedades patrióticas y de logias secretas que llamaban reaccionario al mismo Argüelles, perseguidos por el desprecio y por la hostilidad de Europa, amenazados de una intervención que desafiábamos con fanfarronadas diplomáticas, divididos los ánimos, conspirando los unos por la reacción, por la revolución otros, la fiebre política dominaba en todos, y nadie veía que entretanto se consumaba nuestra ruina en América. Dícese que así como Fernando VII tuvo el pensamiento de escaparse de España y de trasladarse á México, en donde favorecían esta idea el gran número de españoles opuestos á la Constitución de 1812, todo el clero y las autoridades, aparte de los muchos mexicanos que á la sazón pensaban como Iturbide, los liberales españoles en la previsión de otra proscripción tan brutal como la de 1814, querían prepararse una retirada segura, un puerto de refugio en México independiente, á la manera que lo pretendió con calaveresco heroísmo, pero traidor á su patria, un valeroso guerrillero de nuestra guerra de la independencia, el coronel Espoz y Mina, sobrino del que llegó á general entre nosotros. La historia no tiene datos suficien-

tes para asegurar lo que se decía así de los absolutistas como de los liberales españoles; pero la historia no conoce tampoco las medidas que adoptaran el gobierno y las Cortes liberales para retener la rica joya que se desprendía á toda prisa de la corona de España. No, no había español entonces en España, no había personaje alguno dentro de la situación que conspirara conscientemente por la emancipación de México, había ilusos, pero no monstruos. Había ilusos, arrebatados por un fogoso patriotismo, volcanizados por un ardiente amor á la libertad, que creían salvar y retener á México extendiendo á aquel país todos los progresos, todas las garantías, todos los derechos de 1812, que acaso poco concededores de los beneficios que las colonias habían reportado de nuestras leyes de Indias, calumniaban la dominación de nuestros antepasados, haciendo coro á nuestros enemigos, y ponían en sus manos por esto mismo armas, elementos, intereses, clases, sin cuyo concurso no se podía realizar la independencia. Si México había de conservarse, debía obrarse con la energía, con la rapidez y con la audacia de Venegas, que no temió arrostrar la responsabilidad de suspender en parte el planteamiento de la Constitución en el movimiento insurreccional de 1810, cosa que pensó también y no tuvo valor de realizar á tiempo Apodaca; debía obrarse como obra

Inglaterra en frente de los fenianos de Irlanda, como han obrado los Estados Unidos en nuestros días contra los Estados separatistas del Sur, ejemplos que no por tomados de pueblos reaccionarios rechazarán los ultraliberales españoles; pero éstos, parecidos á la casa de Austria, en donde, por no faltarse al ceremonial de la corte, se dió el caso de que una archiduquesa, cuyos vestidos se habían incendiado, muriera abrasada por no estar presente la dama que debía desnudarla, decían entonces: ¡sálvense los principios y piérdanse las colonias! y en efecto los principios no se salvaron, pero las colonias se perdieron.

Todas las esperanzas del gobierno y de las Cortes en este período para conservar á México en la obediencia de España, estaban cifradas en O' Donojú, general que era célebre por el radicalismo de sus ideas, nombrado para mandar en México á instigación de los americanos y singularmente de Ramos Arizpe, entonces de gran influencia por haber estado mucho tiempo preso en Valencia durante la ominosa reacción última y antes y después y siempre enemigo de España, como que, andando el tiempo y ya vuelto á su tierra y á pesar de su carácter eclesiástico, salía trabuco en mano á matar gachupines. O' Donojú llegó á México y aunque tengamos por calumnioso el rumor que corrió de que estaba previamente comprometido á realizar

la independencia, de donde le venía la singular protección de los mexicanos que residían en España, como iba muy cargado de libertades, pero sin un soldado para hacer respetar nuestro gobierno, en el momento de pisar tierra se apresuró á tratar con Iturbide y á reconocer la independencia proclamada, pasando por indignas humillaciones de que en su lugar hablaremos.

## XXI

### Iturbide en campaña

Sabida en México la rebelión de Iturbide, el virrey dispuso formar al punto un cuerpo de tropas de cuatro á cinco mil hombres con el nombre de "Ejército del Sur," cuyo mando se confirió al mariscal de campo D. Pascual de Liñán, soldado bizarrísimo que se distinguió en las operaciones de la última campaña y fusiló al coronel Espoz y Mina, de quien hemos hablado en el capítulo anterior por incidencia. Al mismo tiempo, como se creía que parte de las tropas de Iturbide iban engañadas ó para dar lugar al arrepentimiento, se ofreció un indulto general á los sublevados, á condición de que se presentaran al ejército de Liñán para reiterar el juramento de fidelidad al rey y á la Constitución,

haciendo el Virrey que se dirigieran á Iturbide su anciano padre, su esposa y algunos de sus amigos para apartarle de sus propósitos é inspirarle confianza en las buenas disposiciones del gobierno. No hizo caso Iturbide de estas exhortaciones, y entonces fué cuando Apodaca, *Gaceta mexicana* del 15 de Marzo, declaró "que estaba fuera de la protección de la ley; que había perdido los derechos de ciudadano español, y que toda comunicación con él era un delito, que castigarían los magistrados y jueces conforme á las leyes," declaración que no se ajustaba mucho ciertamente á la Constitución, cuya observancia recomendaba sin embargo y encañecía; pero declaración al fin que, apretando la necesidad, siempre se ha hecho y eternamente se hará aún por los gobiernos más populares y que confeccionan con entusiasmo los códigos más democráticos con el sincero deseo de ajustarse á sus rigurosas prescripciones.

Estas disposiciones del Virrey produjeron su efecto. Hoy unas, mañana otras, fueron presentándose á México las tropas expedicionarias que estaban con Iturbide, hasta el extremo de que no quedaron con él más que dos ó tres compañías. No faltaron tampoco hijos del país que siguieran el mismo rumbo, y á poco el ejército de Iturbide estaba reducido á la mitad. Es más, como en las re-

voluciones, bien que sean muchos los comprometidos, pocos son los que dan la cara y menos si el riesgo es grande y perentorio, lo cual ha solido retraer en más de un país hasta fanfarrones que la leyenda trasforma en héroes, el virrey recibía de todas partes protestas calorosas de fidelidad, organizaron algunos pueblos milicias provinciales para rechazar á los nuevos insurgentes, y casi todos los ayuntamientos y á la cabeza de todos, el de México, en cuyo seno Iturbide lisonjébase de contar con cómplices y amigos, condenaron enérgica y ruidosamente la rebelión.

Y hubo un hecho todavía más grave que debió desconcertar á Iturbide y alentar á Apodaca. Habíase proclamado el plan de Iguala en el puerto de Acapulco; pero habiendo llegado las fragatas de guerra *Prueba* y *Venganza* de la América del Sur, mexicanos fieles á España, de acuerdo con los jefes y dotaciones de los buques, hicieron la contrarrevolución y tuvieron que huir, sin intentar la resistencia, los emisarios y tropas que Iturbide había enviado para sublevar aquella plaza y mantenerla por la independencia.

Así Iturbide se veía en una posición sobrado crítica en aquellos momentos, tanto que habiéndose adelantado la vanguardia del ejército de Liñán, mandó retirar sus avanzadas, huyendo de un encuentro y abandonando la posición de Iguala por si se le venía en

cima el ejército enemigo, para guarecerse en Teloloapan, en donde creía fácil defenderse. Aun sufrió deserción durante el tránsito, y mal seguro de su aliado Guerrero, de quien sospechó más adelante que quisiera apoderarse de los fondos de la insurrección, y cuyas tropas se avinieron tan mal con las suyas, que mutuamente se insultaban y estuvieron á punto más de una vez de venir á las manos, se dirigía á Teloloapan bajo la influencia de funestos augurios.

Sin duda alguna que si en este momento solemne y decisivo hubiera avanzado Liñán con todo su ejército, Iturbide se hubiese visto grandemente comprometido. Pero Liñán, que en la anterior campaña había dado pruebas de singular bizarría, y siempre se distinguió por su lealtad, según dice Alamán, "permaneció todo el mes de Marzo sin alejarse de la vista de México, no obstante las reiteradas órdenes del Virrey para avanzar, pretextando ya falta de artillería y pertrechos de que inmediatamente se le proveía, y ya desconfianza de la oficialidad y tropa, perdiendo así en una inexplicable inacción el tiempo más precioso para obrar con actividad, y dando apariencias para confirmar la sospecha de que el Virrey Apodaca estaba de acuerdo con Iturbide" (1).

(1) *Historia de México*, tom. 5.º, pág. 147.

En las guerras civiles la presteza es el todo, y nunca con más razón que hablando de ellas se puede recordar aquel adagio de que "quien da primero da dos veces." Un motín que dura horas en una ciudad es de ordinario rebelión abierta, que con dificultad y á fuerza de sangre se domina. Un grupo de tropas que en son de guerra se mantiene en el campo días y días sin que se le bata ó se le persiga al menos, acaba por extender la revolución á las ciudades, mucho más si las encuentra preparadas. Los días que pierde el gobierno los gana la revolución, y mientras por acumular fuerzas para batir al enemigo con plena seguridad, si ésta en la guerra se tiene alguna vez, pasa el tiempo, también el enemigo se prepara, y hoy una, y otra mañana, se alzan ciudades de importancia que aumentan la rebelión, sin que entonces haya soldados que basten para atender á tantos puntos y pueda dominarse de modo alguno el movimiento sedicioso. Si esto por regla general ocurre en todas partes, con más razón debía esperarse que ocurriese en México, porque cometido el error de diseminar las tropas expedicionarias españolas, dominada la insurrección del cura Hidalgo, no era ya fácil reunir las, y ni era posible allegar mayores refuerzos á Liñán, ni si desconfianza tenía entonces de la oficialidad y tropas que mandaba, esta desconfianza pudiera

disminuirse después cuando llegara algún trance afortunado para Iturbide, en vez de las deserciones que hasta aquella hora había venido experimentando.

Era, pues, preciso á toda costa dar la batalla á Iturbide, comprometer en favor de España á la tropa que mandaba Liñán, haciendo fuego sobre el enemigo, y aventurar el todo por todo en un supremo trance de guerra, en la inteligencia de que mejores y más tropas mandaba el general español que el coronel mexicano, y que de otro modo no había salvación para la causa nuestra en México, sin un milagro visible de la Providencia, cuya intercesión en las cosas humanas no se prodiga tan fácilmente, bien que en todos tiempos tanto necesite de ella la eterna imprevisión española.

No se hizo así, y entonces Iturbide, para ganar tiempo y hacer cundir la revolución, tuvo la feliz idea de dirigirse á la tierra caliente del Sur, y de posesionarse del Bajío de Guanajuato, asegurándose la fidelidad de sus tropas con hacer promociones escandalosas en todas las gerarquías, en virtud de las cuales los capitanes pasaban á coroneles, y así las demás clases subalternas, con lo cual, si aumentaba las probabilidades de triunfo para su empresa, empezaba por sembrar los gérmenes de la disolución del ejército y de los eternos pronunciamientos en que éste había

de ser actor principal, cuando no único, para eterna desdicha del pueblo mexicano.

## XXII

## Santa Ana, Bravo y Negrete

Desde este momento no hubo más que apostasías, deslealtades y traiciones para la causa española. Aquí se sublevaba una ciudad, allí volvían á tomar las armas los insurgentes indultados; el capitán graduado D. Manuel López Santa Ana, ascendido á teniente coronel por Apodaca, pasábase poco después á Iturbide, viendo la causa real de vencida, movido de aquella ansia inextinguible de medros que distingue á algunos militares, leales y traidores, alternativamente á todas las causas, según su interés; las elecciones de Diputados para las Cortes de 1822 á 1823, favorecían á los eclesiásticos enemigos de España, porque ya hemos dicho que en México había general oposición á las reformas religiosas que se intentaban entre nosotros, y la imprenta, que es un ariete tan formidable de destrucción, no cesaba de vomitar horrores contra España, burlándose de la junta de censura y excitando á la sedición con los títulos alarmantes de las publicaciones diarias, que se anunciaban con gran vocerío por las calles; Bravo, otro indultado de

gran valor, remiso primero á las insinuaciones de Iturbide, se pone de nuevo en campaña en contra nuestra; los españoles, conducidos por el bizarro Hebia, sitian y atacan á Córdoba, pero atravesado este héroe por un balazo, cuando dirigía la puntería de un cañón para ensanchar la abierta brecha, y rodeados de enemigos por todas partes, tienen que retirarse á Puebla, sosteniendo un combate por día; toma Santa Ana á Jalapa, y no encontrando quien se le opusiera, se atreve á llegar en sus correrías hasta las puertas mismas de Veracruz. En vano Márquez Donallo, que mandaba la vanguardia del Ejército del Sur, ahuyenta á Guerrero y penetra en Acapulco, limpiando de enemigos el camino que conducía á este puerto; en vano Huber con un puñado de soldados y con los mozos de una de las haciendas de la casa de Yermo, nombre tan grato á los españoles que conocen la historia de México, derrota á Pedro Asensio que sitiaba á Petecala, matando á este terrible insurgente el bravo español D. Francisco Aguirre, que dependía de Yermo. En vano conseguimos rechazar á Santa Ana de Veracruz, pues por aquella demarcación no quedaban en nuestro poder más que el recinto de la plaza misma y el Castillo de San Juan de Ulúa.

Entretanto Bravo, el insurgente mejicano más simpático, cuando no el más ilustre y

valiente de esta época y de la anterior, procediendo con actividad asombrosa, se dirige á Tulancingo, en donde tenía su cuartel general el coronel español Concha, que, al saber la aproximación del guerrillero se puso en franquía precipitadamente, lo cual no impidió que Bravo le persiguiera y le alcanzara, apoderándose de la artillería y municiones que Concha llevaba, después de lo que, se dirigió de nuevo á Tulancingo para organizar su tropa debidamente, al mismo tiempo que planteó una fábrica de pólvora para hacernos la guerra materialmente, y una imprenta con la que nos hizo una guerra moral sin tregua, fomentando la revolución en todas partes. Bravo, en el momento que tuvo organizada una pequeña división, se dirigió á Puebla y tomó posesión del cerro de San Juan, que domina la ciudad por el Poniente, al propio tiempo que hacía ocupar con destacamentos el puente de México, y con otras tropas el extremo opuesto por el camino de Veracruz, formando el resto de la circunvalación de partidas sueltas que se comunicaban unas con otras.

No estaba ocioso tampoco Iturbide, que consiguió paralizar al general Cruz, que mandaba en Guadalajara, y se atrajo decididamente al brigadier Negrete, militar español que tenía una columna á sus órdenes. Después de esto se presentó en frente de Valla-

dolid, y desde las afueras de la ciudad entabló negociaciones con el coronel Quintanar, que mandaba en ella, y que, después de declarar á Iturbide en contestación "que sus obligaciones más sagradas y su honor estaban en contradicción con la propuesta que le había hecho, y que en aquella plaza no se reconocía mas que al legítimo gobierno;" (protesta de lealtad que venía en pos de otras no menos solemnes, públicas y privadas, hechas al Virrey) acabó por tomar una actitud bien rara, que venía á ser en el fondo una verdadera traición, porque en presencia del enemigo y casi en los mismos momentos de empezar las hostilidades, llamó reservadamente á uno de los jefes de la plaza y le hizo entrega de ella para que obrase como tuviese por conveniente, pues él se pasaba al campo enemigo; conducta que seguía para salvar el honor militar y que lo hacía más odioso, porque después de aquella escandalosa desertión, las tropas tenían que capitular, como en efecto lo hicieron.

Al mismo tiempo que Valladolid caía en manos de Iturbide, la importante plaza de Guadalajara se pronunciaba por la independencia, movida la guarnición por las intrigas de aquél, y apoyada sobre todo por la actitud de Negrete, español renegado, que ahora fué traidor á su patria para hacerse el satélite de Iturbide, y después fué traidor á

Iturbide para ser el campeón de la República, y por último fué expulsado por Gachupín de México, muriendo en tierra extraña, lejos de España, en donde su nombre inspiraba horror, y lejos de México, en donde no inspiraba confianza por su origen español, de que había torpemente apostatado.

De todas las provincias del interior, sólo quedaba en poder del gobierno español la importante plaza de Querétaro, y ésta, que se comunicaba con la capital, apoyada en la posesión de San Juan del Río, bien pronto tuvo que sucumbir, tomada aquella posesión por las fuerzas de Iturbide. El brigadier Luaces, que mandaba en Querétaro y no tenía á sus órdenes mas que unos 700 soldados, pedía refuerzos á Apodaca; pero los pedía en vano, porque el coronel Concha, que salió de México con 1,000 hombres con este objeto, tuvo que retirarse á la capital, y las tropas del coronel Bracho, que estaban en San Luis Potosí y recibieron la orden de pasar á Querétaro, desde Durango, conduciendo un convoy con barras de plata, tuvieron que capitular ante fuerzas muchísimo mayores que Iturbide destacó para copar aquella fuerza y apoderarse del precioso depósito que conducía, depósito que para mayor seguridad debió ser embarcado en el vecino puerto de Tampico, y ser puesto en salvo en la plaza

de Veracruz, á fin de que no cayera en poder del enemigo.

El brigadier Luaces, pues, no podía esperar refuerzo alguno y Querétaro debía sucumbir, habiendo servido las mal dispuestas y completamente abortadas tentativas de socorro, para desacreditar más y más al Virrey, que se hizo sospechoso al mismo Luaces por creer que el conde del Venadito no trataba ya de otra cosa, como Luaces decía, en carta dirigida á Iturbide, que "de cubrirse oportunamente con los diferentes jefes que había comprometido, poniendo en ridículo las armas nacionales," y murmurando todos abiertamente, entre las tropas expedicionarias, de la marcha desastrosa de aquella campaña en que todo era confusión, incertidumbres, traiciones y desastres.

El brigadier Luaces tuvo que capitular, pero se condujo con hidalguía y con valor. El golpe era terrible, y si se une á que con este vino á coincidir la sublevación de las provincias internas de Oriente, resultaba que el poder de España en México había concluido. No nos quedaba ya mas que á Veracruz en la costa, medio sitiada por Santa Ana; á Durango, que tenía enfrente á Negrete, y á Puebla sitiada también por Bravo, á donde se dirigía á toda prisa Iturbide para apresurar las operaciones del sitio y, con todas sus tropas ya desembarazadas, sin dejar enemigos por

la espalda, dirigirse á la capital y dar el golpe definitivo.

### XXIII

#### Iturbide, militar y político

Sería injusto desconocer el singular tino y consumada habilidad que desplegó Iturbide, ora como militar, ora como político, desde que inició su campaña.

Halagando siempre á los españoles y depositando en los que se le unían la confianza más absoluta, quería poner de su lado un elemento tan vital para sus miras ulteriores. Buscando á los insurgentes á quienes antes había combatido, como meros auxiliares y manteniéndolos siempre á cierta distancia, seguía protestando contra los horrores de la brutal insurrección del cura Hidalgo y se captaba las simpatías de los hombres de orden, de las gentes acomodadas ó ricas.

No le importaba aventurarse á celebrar una conferencia á solas y lejos de sus fuerzas con el general español Cruz, que mandaba en Guadalajara, porque confiaba en su hidalguía, y además era para él de grande importancia asegurarse de su apoyo, ó si tanto no, conseguía paralizar su acción, haciéndole comprender que su resistencia nada podía contra la revolución ya tan pujante, cosa que consi-

guió, porque Cruz desde entonces, bien que no entrara en los proyectos de Iturbide y le propusiera una suspensión de hostilidades para entenderse con el Virrey, permaneció en una inacción absoluta, que se comprende, más no justifica, porque no hay general de ordinario, por bravo y pundonoroso que se le suponga, que cuando llega una situación desesperada, como la en que consideraba Cruz á España entonces, se crea obligado á dar la vida por la honra.

Cuando capituló Valladolid, Iturbide empuñó su palabra de honor de que la guarnición saldría con los honores de guerra, dirigiéndose con las armas al punto que eligiese y facilitándole los fondos y auxilios necesarios para el viaje. En una alocución que publicó, decía que todos los europeos que quisieran separarse de sus banderas voluntariamente y seguir la de la independencia, serían incorporados con el mayor gusto á su ejército ó dedicarse á la ocupación que tuviesen por conveniente, y que á los que quisieran regresar á España, se les darían sus alcances y se les facilitaría transporte, aunque su más vivo deseo era «que ni uno sólo saliese del país, en prueba de lo cual había pasado con ascenso á los cuerpos independientes á todos los que se habían querido presentar.»

Esta moderación de Iturbide en medio de sus triunfos, este lenguaje lisonjero con el